

dece, tropieza el jefe cada día con mayores dificultades para cumplir unas y otras funciones, pero si es peligroso para él el tratar de retenerlas, también lo es el delegarlas. Es expuesto para un rey confiar á un general el mando supremo de algún ejército lejano, pero lo es, asimismo, el ir á ponerse al frente del ejército, dejando el gobierno en manos de un regente. Las catástrofes originadas por una ú otra causa, á pesar de las precauciones que se toman, demuestran que en el curso de la evolución social se produce una tendencia inevitable á la separación entre el mando militar y el político, si bien esta diferenciación no puede hacerse permanente más que en determinadas circunstancias.

Por lo general, mientras la actividad militar es grande y la sociedad conserva la organización propia de este estado de cosas, el equilibrio social hace que el jefe político continúe siendo á la vez jefe militar. Pero cuando, paralelamente al desenvolvimiento de la vida industrial, se desarrolla una administración civil distinta de la administración militar, el jefe político va convirtiéndose en un jefe de funciones principalmente civiles, y delega, de tiempo en tiempo ó de una manera permanente, sus facultades militares. Si la sociedad vuelve á un estado de gran actividad guerrera y la estructura militar reaparece, puede verificarse la restauración del tipo primitivo del mando, á consecuencia de alguna usurpación cometida por un caudillo victorioso, ya sea una usurpación encubierta cuando el rey es un personaje demasiado sagrado para que se le pueda deponer, ya una usurpación completa cuando el monarca no tiene ese carácter. Finalmente, cuando al decaer el militarismo, la vida y la administración civiles adquieren mayor im-

portancia, el mando del ejército se diferencia de un modo permanente de la autoridad política y queda subordinado á ella.

§ 519. A medida que en el curso de la evolución social se verifica la separación entre el cuerpo combatiente y la mayoría de la sociedad y disminuye la masa del primero, estableciéndose en él un mando separado, se va efectuando en su seno un trabajo de organización interna.

En su origen, el cuerpo de combatientes carece en absoluto de estructura. Entre los salvajes una batalla es un conjunto de combates singulares; el jefe, si lo hay, como no es más que el guerrero principal, pelea junto á los otros. Durante mucho tiempo subsiste este desconcierto. La *Ilíada* no habla de otra cosa que de combates personales entre héroes, luchas que se repetían individualmente entre los guerreros de su séquito, de los cuales nada se dice. Tras la decadencia de la sabia organización militar de la civilización grecoromana, reapareció aquel género caótico de batallas en la Europa de la Edad Media. En el primer período feudal dependía todo del valor de los individuos. La guerra, dice Gautier, se componía de «duelos á muerte», y hasta mucho después la idea de la lucha personal siguió predominando sobre la de una acción combinada. Pero á medida que el progreso político se manifiesta, la sumisión del guerrero al jefe se revela cada vez más por su obediencia á las órdenes de sus superiores en el campo de batalla. La absorción de la voluntad de los guerreros en la del jefe hace que la acción militar en el combate resulte armónica y concertada.

No tarda en producirse en mayor escala otro cambio semejante. Al par que los miembros de cada gru-



po elemental van consiguiendo combinar cada vez mejor sus esfuerzos, los grupos de que se compone el ejército pasan de la acción individual á la acción colectiva. Cuando se combinan varias sociedades pequeñas para formar una mayor, el cuerpo de guerreros, compuesto de sus contingentes, no comprendía al principio más que grupos unidos por relaciones de tribu y por relaciones de familia, que conservaban, dentro del conjunto, su personalidad respectiva. El jefe de un kraal hotentote «conserva, bajo la autoridad del jefe de su nación, el mando de las tropas que suministra el kraal» (1). Asimismo, el malgacho «permanece en su propio clan, teniendo cada clan su jefe» (2). Entre los chibchas, «cada cacique y cada tribu seguían enseñas diferentes, enarboladas sobre sus tiendas y dibujadas sobre los mantos que les servían de banderas ó contraseñas» (3). Una disposición análoga existió en los primeros siglos de Roma: el ejército de la ciudad «se dividía por tribus, curias y familias» (4). Lo propio se observa entre los pueblos germánicos que, en campaña, se reunían cuando ningún otro lazo los juntaba, por familias y *compañías* (5). En los primeros tiempos de Inglaterra, dice Kemble, «cada familia militaba bajo las órdenes de un oficial de su sangre, nombrado por ella, y los diferentes miembros de la familia servían juntos» (6). Esta organización, ó mejor dicho, esta falta de organización duró todo el período feudal. En el siglo xiv, el ejército era, en Fran-

(1) Kolben, *Present State of the Cape of Good Hope*, trad. Medley, I, 815.

(2) Ellis, *History of Madagascar*, II, 253.

(3) P. Simón, *Tercera noticia de la segunda parte de los libros históricos*, etc., 269.

(4) Fustel de Coulanges, *Cité antique*, 144.

(5) Stubbs, obra citada, I, 30.

(6) Kemble, obra citada, I, 69.

cia, «una horda de jefes independientes, todos con su séquito. Cada uno de ellos obraba á su capricho» (1), y, según Froissart, los diversos grupos «estaban tan mal informados, que les ocurría á veces ignorar la derrota del cuerpo principal».

Además del aumento de la subordinación de los jefes locales al jefe general, por efecto de la integración política, modificación que tiene que preceder naturalmente al establecimiento de una forma de acción militar más centralizada y mejor coordinada, hay dos causas que contribuyen á esto mismo. Una es la diferencia de las armas que se usan. A veces las tribus coligadas, acostumbradas ya al manejo de diferentes armas, combaten sin confundirse unas con otras. En estos casos las divisiones por armas corresponden á las divisiones por tribus. Esto ocurría, al parecer, entre los hebreos, y distinciones de esta clase eran las que separaban á los hombres de Benjamín, de Gad y de Judá. Pero por lo común la diferencia de armas, originada por la diferencia de categorías, sirve de punto de partida á la división de las tropas en cuerpos, que altera las divisiones procedentes de la organización en tribus. El ejército de los antiguos egipcios contenía cuerpos de conductores de carros, de caballería y de infantería, y el equipo de cada uno de estos cuerpos, como exigía distintos gastos, implicaba diferencias de posición social. Lo mismo puede decirse de los asirios. La *Iliada* nos presenta á los griegos primitivos en un estado social en que la diferencia de las armas guardaba relación con la diferencia de riquezas, aunque tal estado no había producido aún el efecto de crear cuerpos de tropas diferentemente ar-

(1) Kitchen, *History of France*, I, 139.



mados, como los que se formaron después, cuando se dió menos importancia á las divisiones de tribus ó de localidades. Otro tanto pasaba en la Europa occidental en la época en que un señor feudal mandaba á sus caballeros y á su séquito de gentes de categoría inferior peor armadas. Claro es que en cada grupo había hombres que se diferenciaban en la categoría y en las armas, pero estas distinciones individuales, interiores al grupo, no podían confundirse con las divisiones generales de todo el ejército, que comprendían á los que se hallaban armados de la misma ó parecida manera. Esta última división más extensa es la que se efectúa á medida que progresa la organización militar. La supremacía que supieron adquirir los espartanos debieronla en gran parte á que Licurgo «había establecido divisiones militares distintas de las civiles, mientras que en los demás estados griegos ambas divisiones siguieron confundidas hasta en tiempos posteriores, y los hoplitas y los jinetes de la misma tribu y el mismo barrio marchaban mezclados en las batallas» (1). Cambios parecidos se vieron en los ejércitos romanos cuando las armas de Roma progresaron. Las divisiones empezaron á depender menos de la categoría fundada en la organización social y más de la posición determinada por la propiedad; la clase de armas y la clase de servicios que correspondían á cada uno llegaron á depender de la extensión de las propiedades, «lo cual borró todas las diferencias de raza y de localidad en el levantamiento de la sociedad en masa» (2). En campaña, el ejército estaba organizado de esta manera: «las cuatro primeras filas de cada falange se componían de hoplitas armados de todas

(1) Grote, *Historia de Grecia*.

(2) Mommsen, *Historia de Roma*.

armas, pertenecientes á la primera clase de los ciudadanos, ó sea á la de los propietarios territoriales; las filas quinta y sexta las formaban los colonos, no tan bien equipados, que pertenecían á la segunda y á la tercera clase, y de las dos últimas clases de ciudadanos salían las filas de atrás de la falange.» Es cierto que en el reclutamiento de la caballería no se renunció de un modo tan categórico á las divisiones de origen familiar, pero la agregación de un gran número de caballeros que no pertenecían á la clase media alteraba indirectamente la homogeneidad de condición social. Nadie ignora que cuando la organización militar ha vuelto á desarrollarse se ha reproducido un sistema de división propio para borrar las distinciones basadas en la sangre y en la localidad.

Otra de las causas de este cambio, que ha influido al mismo tiempo que las anteriores, fué la mezcla de las familias y las tribus, á consecuencia de la agregación de gran número de miembros nuevos. Como hemos visto, la reorganización del Atica, por Clistenes, y la de Roma, por Servio Julio, tuvieron por principal motivo la imposibilidad de mantener la relación existente entre las divisiones de las tribus y los deberes militares; la nueva distribución de estas obligaciones tomó por base, naturalmente, el número. En diversos pueblos se ve establecida esta organización por razones políticas ó militares, ó por ambas clases de motivos.

A los ejemplos antes citados (§ 512) puede añadirse el de los hebreos, que se hallaban distribuidos por decenas, cincuentenas, centenas y millares. Los araucanos, pueblo bárbaro, se dividen en regimientos de á mil, subdivididos en compañías de á ciento. Es evidente que la agrupación numérica coopera con la



clasificación por armas en la destrucción de las divisiones primitivas.

La transición del estado de grupos incoherentes que conservan su tosca organización, al estado de conjunto coherente, en que todas las partes están unidas en una organización bien calculada, supone el correspondiente progreso en la centralización del mando. Así como la horda primitiva adquiere mayor aptitud para la guerra á medida que sus miembros van siendo más obedientes á las órdenes del jefe, el ejército formado por la reunión de varias hordas es tanto más apto para la lucha cuanto más se someten á la autoridad de un caudillo supremo los jefes de las distintas hordas.

La transformación, que acabamos de describir, de un grupo de diversas tribus coligadas, que se trueca en ejército, compuesto de divisiones y subdivisiones, va acompañada del desarrollo de una jerarquía de jefes subordinados unos á otros.

Los pueblos bárbaros que han llegado á adquirir un poderío militar considerable presentan este sistema de mando; por ejemplo, en la actualidad, los araucanos, los zulús y los naturales de Uganda, que tienen tres grados de oficiales, y en lo pasado, el Perú, Méjico, en que había también muchos grados, y, por último, los hebreos.

§ 520. Hay que señalar otro cambio general: el de aquel estado en que se reúne el ejército para dispersarse luego, á aquel otro en que se convierte en institución permanente.

En tanto que todos los adultos varones son guerreros, como ocurre entre los pueblos salvajes, no existe, verdadero ejército más que durante la guerra, y en tiempo de paz se convierte en un cuerpo disperso que se entrega por grupos ó individualmente á la caza ó á

otras ocupaciones; no hay ejército permanente. Tampoco lo hubo, como hemos visto, en los primeros períodos de la vida sedentaria, cuando los hombres libres armados, que poseían la tierra individual ó colectivamente, tenían la obligación de servir como soldados cuando se les convocaba y volvían á sus tierras al acabar la guerra. Pero aunque la fusión de sociedades pequeñas en una sociedad más vasta, y el establecimiento de un poder central, no impiden que continúe por mucho tiempo este sistema, echan los cimientos de una nueva organización.

Cualquiera que sea la forma de gobierno, las guerras frecuentes producen, como consecuencia natural, la existencia de fuerzas militares permanentes. Esto se vió en la antigüedad, entre los espartanos primero y luego entre los atenienses, y también entre los romanos, cuando la extensión de su territorio les obligó á mantenerse continuamente apercebidos para sofocar rebeliones. Indicados estos ejemplos pasemos á otros más comunes, en que del mismo séquito armado que acompaña al jefe nace una fuerza militar. En los pueblos primitivos se observa ya el núcleo de esta fuerza. En Tahiti, el rey ó jefe llevaba guerreros en su comitiva. El rey de los achantis tenía sus guardias de corps vestidos con pieles de animales feroces como leopardos, panteras, etc. Como dijimos al hablar de la diferenciación política, en torno del jefe dominante se reúnen emigrados y otros individuos que pagan con el servicio de las armas el socorro y protección que reciben, y cuyo concurso permite al jefe consolidar y extender su preponderancia. Este carácter tuvieron los *comites* en la antigua Germania, los *huscarlas* ó *house-carls*, que rodeaban á los reyes anglosajones y los *antrustiones* de los reyes Merovingios. Este séquito ar-



mado era un ejército permanente en pequeño, no sólo porque siempre se hallaba reunido, sino por estar ligado al príncipe ó señor por un lazo de vasallaje personal y permanecer sometido á un gobierno interior distinto del gobierno de los hombres libres en general y basado en la regla de la ley marcial. Ejemplo notable de esto fué el gran cuerpo de guerreros, compuestos de cerca de 6.000 hombres, que reunió Canuto.

En estos casos, las compañías poco numerosas de guardias de corps crecen á medida que el jefe ó el rey conquistador atrae bajo sus banderas á los aventureros, los criminales fugitivos, los emigrados que huyen de persecuciones injustas, etc., los cuales se transforman insensiblemente en tropas de soldados que se baten por dinero. Desde los tiempos más remotos se han empleado mercenarios; hallamos mención de ellos en los documentos egipcios de todos los siglos y se les ve reaparecer continuamente siempre que concurren determinadas circunstancias, la primera de las cuales es que el jefe que los emplea haya adquirido rentas considerables. Ya estén formados de nacionales ó ya de extranjeros, estos grandes cuerpos de soldados de profesión no pueden sostenerse sin recursos pecuniarios importantes, y de ordinario la posesión de estos recursos va acompañada de un grado de poder que permite al rey exigir contribuciones ó imponer multas. En tiempos muy antiguos los miembros del cuerpo combatiente, llamados al servicio, tenían que proveerse, no sólo de las armas necesarias sino de toda clase de provisiones, pues cuando la organización política está poco desarrollada ni hay recursos para otro sistema, ni tampoco existe el mecanismo administrativo que esto exigiría. La resistencia económica á la vida militar, resistencia que crece á medida que progresa la vida agri-

cola, hace que se rehuse prestar el servicio de las armas, lo cual ocasiona, primero confiscaciones, luego grandes multas, y, por último, pagos en dinero en sustitución del servicio personal; de modo que esta resistencia crea una fuente de ingresos que sirve para pagar soldados de oficio en lugar de los vasallos que suministran la prestación en dinero. Entonces es posible, en vez de alquilar gran número de sustitutos de esta clase por un corto período de tiempo, tener alquilado un corto número de continuo, lo cual significa un aumento del núcleo de la fuerza armada permanente. Cada nuevo crecimiento del poder real aumenta la facultad del soberano de exigir impuestos y favorece esta diferenciación. En Francia, dice Ranke, «los ejércitos permanentes, los impuestos y los empréstitos aparecieron á la vez».

La primitiva obligación de prestar el servicio de las armas, que pesaba sobre todos los hombres libres subsiste mucho tiempo bajo diferentes formas. En Inglaterra, por ejemplo, hubo diversas leyes que obligaban á los hombres, con arreglo á sus medios, á hallarse provistos de armas, caballos y equipos para ellos mismos y para otros, cuando eran requeridos para el caso. Luego aparecieron las leyes sobre la milicia que imponían á los habitantes del país, en proporción á sus recursos, la obligación de suministrar jinetes ó infantes bien armados, ya sirviendo ellos mismos, ya presentando sustitutos que se reunían en ciertas épocas para hacer ejercicios por espacio de un número de días determinado, durante los cuales debían atender ellos mismos á su sostenimiento. Pueden citarse también las leyes que se hallaban en vigor en Francia en el siglo xv, con arreglo á las cuales había un cuerpo de caballería formado á razón de un jinete por parroquia.



En tiempos más modernos encontramos los diferentes sistemas de quintas, establecidos, ya para levantar fuerzas temporales, ya para conservar un ejército permanente. Resulta, pues, que en todas partes son soldados los hombres libres, si no en acto, al menos en potencia.

§ 521. Hemos partido en nuestro estudio del estado *indiferenciado* de la sociedad política en que el ejército comprende toda la población masculina adulta, observando luego los distintos medios por los cuales se realiza la evolución que convierte al ejército en una parte especialmente diferenciada de la nación.

El ejército experimenta pronto una disminución de su masa relativa, que se revela primeramente en el crecimiento de la población servil consagrada á los trabajos manuales en vez de estarlo á la guerra, se acentúa luego cuando los hombres libres se consagran á la vida agrícola y crece á medida que se multiplican los obstáculos á la prestación del servicio militar. Otra causa de reducción del ejército es el aumento de los gastos individuales del soldado, á consecuencia del progreso de las armas, del equipo y del material accesorio de la guerra. Y todavía hay otro motivo de reducción que proviene del grave peso que la acción militar echa encima de los recursos de un país cuando esta acción tiene que ejercerse á gran distancia.

Al mismo tiempo que el cuerpo militar se separa del conjunto del cuerpo político, se establecen, por lo común, autoridades distintas de uno y otro orden. Un militarismo activo tiende siempre á conservar la unión entre el gobierno civil y el militar, y á veces los junta nuevamente cuando se han separado; pero con la primitiva diferenciación del organismo civil y el militar es lo común que nazcan centros de autoridad distintos

para cada una de estas dos esferas. Este resultado que, cuando las guerras son frecuentes, está muy expuesto á desaparecer por virtud de usurpaciones, se produce cuando concurren las circunstancias opuestas, y entonces el jefe militar suele estar subordinado á un jefe civil.

Al par que se desarrolla, la sociedad entera en el ejército, diferenciado ya del resto de la nación, va efectuándose una evolución interior. Así como en la horda primitiva el progreso parte de la batalla en que combaten los guerreros individualmente y sin plan, para llegar á la lucha sujeta á plan y al mando de un jefe, de igual manera, aunque en mayor escala, cuando varias sociedades pequeñas se unen para formar sociedades grandes, el progreso va de la batalla que dan las tribus ó grupos locales coligados, á la batalla bajo la dirección de un general en jefe. Por último, para centralizar el mando militar se forma un cuerpo jerárquico de oficiales que reemplaza al grupo de los jefes primitivos y un sistema de divisiones que destruye la primitiva división de los grupos naturales, reemplazándolos por masas regularmente organizadas y con funciones diferentes.

Con la estructura desarrollada del cuerpo militar viene la permanencia de éste. Cuando los hombres se reunían en los tiempos primitivos para sus guerras, dispersándose apenas terminaban éstas, no era posible que se organizaran de una manera eficaz, cosa que tan sólo es dable tratándose de hombres que se encuentran constantemente reunidos para la guerra ó la preparación de las campañas. Al desenvolverse los cuerpos militares permanentes de esta clase, sustituyen á los cuerpos convocados por cierto tiempo.

Finalmente, conviene consignar que, entre todos los



rasgos distintivos del ejército, el que más le caracteriza es el de que conserva y perfecciona el sistema del estatuto personal, mientras que en el resto de la sociedad el progreso hace se extienda y adquiera fijeza el sistema del contrato. La cooperación obligatoria continúa siendo la regla del cuerpo militar, cualquiera que sea la importancia que en la vida civil tome el principio de la cooperación voluntaria.

## CAPÍTULO IV

### Aparatos judicial y ejecutivo.

§ 522. Á fin de prepararnos para demostrar la identidad primitiva de las instituciones militares con las instituciones judiciales, examinaremos el estrecho parentesco que existe entre los medios que se emplean para rechazar las agresiones exteriores y los que se utilizan para repeler las interiores.

Más de una vez hemos insistido en señalar los hechos que muestran la analogía existente entre la responsabilidad de unas sociedades respecto de otras y la responsabilidad recíproca de los grupos familiares que forman parte de una misma sociedad, y también hemos indicado que estos derechos análogos se apoyan en sanciones semejantes. En diversos pueblos salvajes vemos que, al principio, la guerra con el extranjero tenía por fin tomar el desquite de los daños causados, ya directamente produciendo al enemigo daños del mismo género, ya indirectamente por medio de compensaciones. Entre los chinukes, cuando uno de los bandos beligerantes ha tenido mayor número de muertos que el otro, este último tiene que indemnizar al primero ó continúa la guerra (1). Entre los árabes,

(1) Waitz, *Introduction to Anthropology*, III, 333.